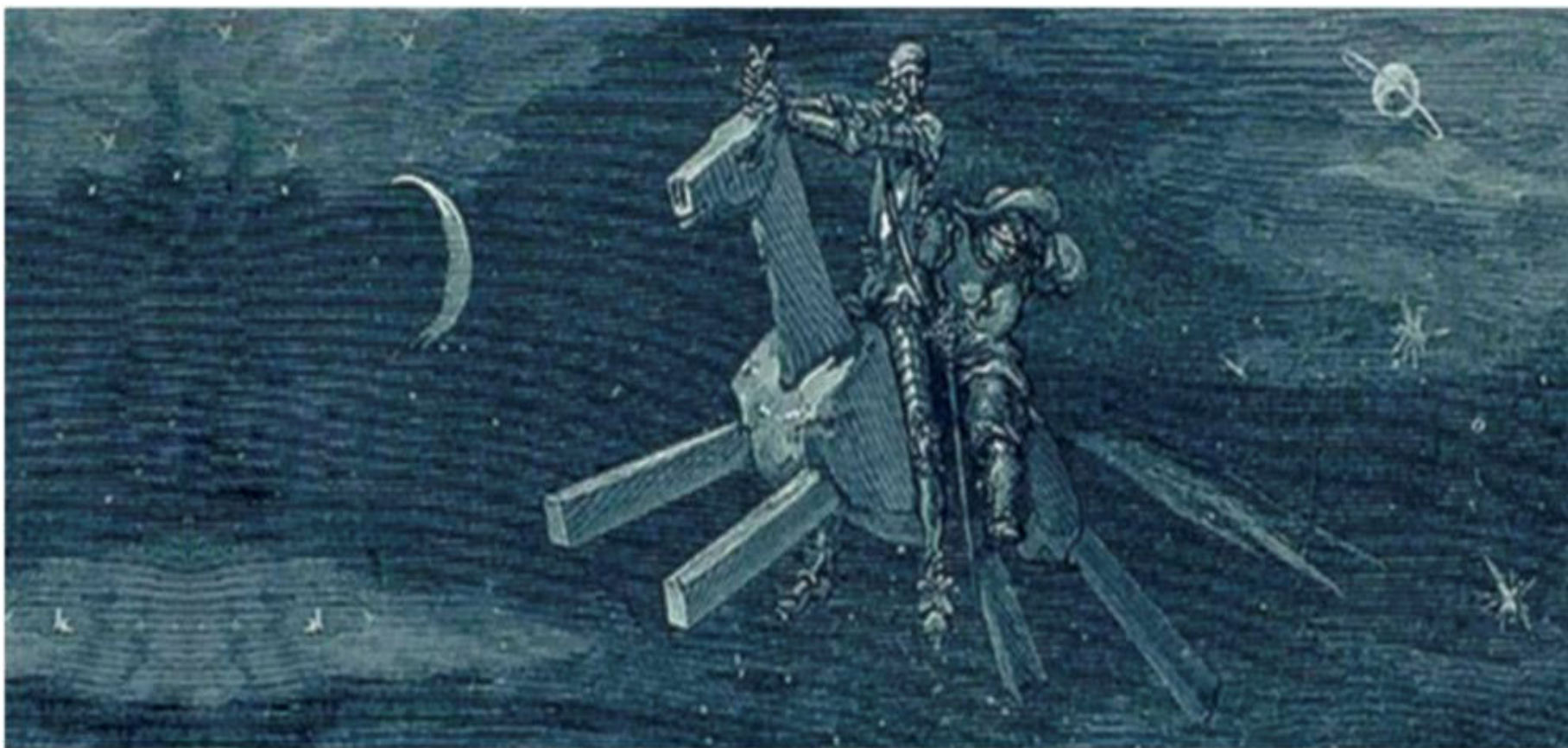




fundación
Ramón y Katia Acín

Ramón Acín e *Incitato*, el caballo nombrado cónsul por Calígula



Ofrecemos en esta entrada dos artículos de Ramón. El primero de 1914 y el segundo de 1924, en los que hace referencia a *Incitato*, caballo que fue cónsul por nombramiento de Calígula. Las razones de los artículos son distintas, pero el caballo es el mismo. Y el caballo acompañará a los artículos de Ramón en esta entrega con varios textos equinos que deseamos resulten de vuestro agrado.

AP069 - Arca de Noé. Los nietos de Incitato

Ramón Acín. *Revista Nueva*, Barcelona. 24-05-1924. Id: ap069

Conservamos el recorte de *Revista Nueva* (año I, nº 9, pág. 10). Aparecen en el interesantes añadidos manuscritos y tachaduras. La clave esta a la izquierda del titulo, donde podemos leer: “censurado EL VERDUGO”. Es decir, la censura suprime algunos párrafos que Acín se dedica a su vez a añadir en notas manuscritas al pie. El 4 de junio de 1914, en el artículo de *El Diario de Huesca*, “Nuestros caballos de picar”, ya había hecho mención a Incitato, el caballo al que Calígula nombró senador. A su vez es la segunda ocasión en la que repite la imagen del Arca de Noé para un titular (la primera, el mes anterior, concretamente el 20 de abril de 1924) cuando el contenido tiene a animales como protagonistas. La liberación del animal es tarea que se propone también el pensamiento libertario (los ataques a las fiestas de los toros así lo acreditan), de igual modo que insiste en la dialéctica entre lo humano y lo animal.



- Vamos a pasar a la Historia, amigos -dijo un caballo a otros caballos comentando la decadencia que la civilización impone a la clase caballar-. Los camiones y los tractores jubilaron a los caballos de labor; los “Hispanos” de 40 H.P., han arrinconado a las diligencias cascabele-ras y el Rolly dio de lado al lujoso landeau; el “Ford”, feo y práctico, está acabando con la andante tartanería, y el ímpetu de acero de los tanques blindados acabará en las guerras con el ímpetu de carne y hueso de la caballería militar; los poetas olvidan el Pegaso clásico; D’Annuncio lleva un Farman de alas de lona, tendones de alambre y corazón de seis cilin-dros...¹

- Sí. Están desmontando a Clavileño, para levantar con sus maderas carcomidas el catafalco de sus funerales -dijo un caballo pesimista y romántico.

No hay que desesperar -dijo un lejano nieto de Incitato, el caballo que fue nombrado por Calígula cónsul de Roma -.²

¹ Gabriele D’Annunzio (1863-1938), poeta, novelista y político italiano cuyo pensamiento influyó decididamente en el movimiento futurista y en su particular canto a la modernidad y a la máquina. Es por ello por lo que le relaciona con los coches fabricados después de la Primera Guerra Mundial por Maurice y Henri Farman, caracterizados por vestir los bastidores con soberbias carrocerías. Cuando termina este párrafo, Acín borra tres líneas y marca una nota manuscrita al pie que dice lo siguiente: “... España, la patria exheroica y exidealista de Rocinante y de Babieca nos ofrecerá el último refugio como caballos de picar...”.

² Aquí borra también otro fragmento y de nuevo ofrece un texto manuscrito como segunda nota al pie: ... “tengo esperanzas de que echen mano para gobernadores civiles de la clase caballar” □



Nuestros caballos de picar

Ramón Acín. *El Diario de Huesca*. 04-06-1914. Id FRKA ap010

El 21 de mayo de 1914, se celebra en Huesca una becerrada a beneficio del Sindicato de Iniciativas y Ramón acude a Huesca para participar en la organización de la misma y como picador junto a Llorens, Pellicer, De Caso y Rafael Carderera. Los caballos son los protagonistas y las víctimas en este crudo relato sobre la violencia de la fiesta taurina.

Para una becerrada que anunciaron, y que novillada y bien cumplida, con agrado mío, resultó luego, se compraron tres caballos viejos ¿Eran andaluces, bretones, berberiscos, de los poneys de los suffolk? No más que tres ruinas eran los pobres jamelgos.

Llegaron sin nombre; ellos que un día pensaron legarlo glorioso, en pagas a sus aventuras pasadas, como el Bayarte de Rinaldos de Montalván o el Rocinante del Quijote¹. Los designaremos por los colores de sus pieles, mal cuidadas, sin más limpieza ha tiempo que los palos de sus amos últimos.

El de mi amigo Andrés era royo; negro el de mi amigo Telmo; el mío pardo.

¡Pobres caballos nuestros de picar! Llegamos a quererlos como a parientes próximos. Cuando les mirábamos, mirábannos ellos como queriéndonos contar sus pasadas fatigas. No tenían que hablar; decían más que las palabras, sus cabezas caídas, sus miradas tristes de ramera vieja, sus orejas intranquilas donde se escuchaba como sonsonete de caracol marino, resonar de juramentos y chasquidos de látigo; sus espinazos curvos como guirnaldas por las grandes cargas; sus ancas

descarnadas que servían de percha a las gorras de nuestros monosabios; sus costillas, podían contarse bajo la piel, como varillas de miriñaque bajo faldas de seda en día de viento; sus bocas desgarradas del frenar sin tasa, y sus patas fogueadas para el andar sin ganas.

¡Pobres caballos nuestros de picar! A veces, las menos, mal erguían la cabeza, intentaban cabriolas, iniciaban galopes, membraban los nobles brutos sus años mozos.

Era un encanto, y una pena a un tiempo, el verles a solas. El royo, que un día debió ser caballo de labranza, daba pasos con brío, recordando su pisar en las losas de los patios lugareños, cuando sus cascos eran duros como los del caballo de Atila; andaba luego inclinando el pecho hacia adelante, cual si arrastrase carretadas de heno oloroso; sus orejas, que movía alegres, parecían escuchar el campanilleo de su collar que acompañaba las coplas del gañán; castañeteaban sus escasos dientes como en las cuadras de los mesones cuando mordía con su boca dura la cebada tierna. Un trecho andaba con aire de sandunga; creíase camino de la ermita, portador del amo joven junto al cuello, mientras allá en la grupa la futura dueña contaba los pasos en sus patas traseras con el golpetear de su zapatos nuevos.



¡Pobre caballo royo! Cuando la mucha hambre y el mucho cansancio le tendían en los corrales de la plaza, entre las banderillas y el arrastre, y le levantaban con no más mimo que a varada limpia, recordaría los tiempos de cuando la hartura le postraba enfermo y a cada resoplido suyo saltábanle lágrimas a la dueña de la casa, mientras el marido de ella caminaba presto en busca del albéitar.



El caballo royo murió a los dos días de celebrada la corrida. Murió de los trotes forzados, de las embestidas de los novillos, de la montura; esas sillas de picador que torturan a los viejos caballos como potros de inquisición, y al jinete cortan las espinillas como si fuesen nabos tiernos los estribos que pesan cuatro kilos, y ponen la rabadilla y el ombligo de color y blandura de tomate pasado lo que llaman el barren delantero y el barren de atrás.

El caballo negro debió ser de guerra. Era brioso el caballo negro; unos años antes no le iría a la zaga en genio a Brillandodoro el de Orlando.

Marchaba con aire de pasodoble militar; de pronto, emprendía un galope de coracero francés; diríase que atendía los toques de un cornetín de órdenes. Levantaba en alto la cabeza como Bucéfalo el caballo del Magno Alejandro, y la giraba a uno y otro lado, indicando seguir los movimientos de dos ejércitos, mostrando interés como si allí donde se ganase la batalla hubiesen de levantar una ciudad (¿recordaba a Bucefalia?) que llevase su nombre. Como aquel Babieca, rocín de nuestro Cid, creía contar los metros que ensanchaba la España por las pisadas de su mano derecha. Orgulloso era a ratos ni que anduviese entre dos mariscales y en sus lomos fuese la generala de Montpensier, aspirante a la mano (mano regordeta de Capeto) de Luis XIV².

¡Pobre caballo negro el de los sueños bélicos! Creía el noble bruto lucir sobre el negro marco de su piel, las condecoraciones de oro del caballo de Robert y no encontró otra que la certera cornada del novillo tercero, que atravesando el pulmón le hizo rodar por tierra.

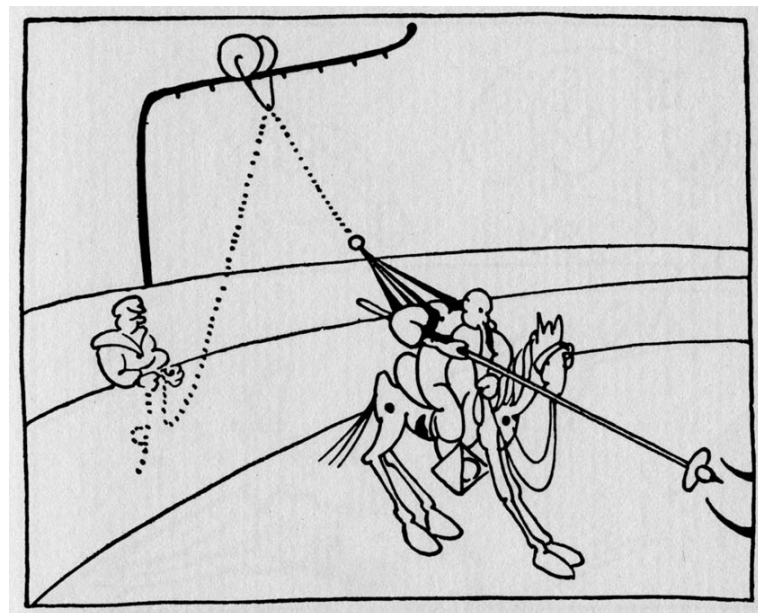
Mi caballo pardo fue de lujo, de casa grande debió ser mi caballo pardo. Presumido como una vieja, de joven guapa y muy cortejada.

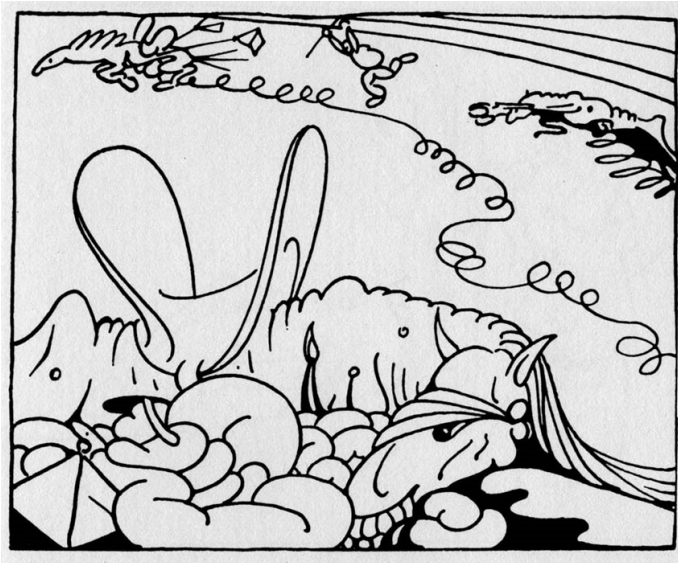
Tenía porte de grandeza. Pasaba grandes ratos parado, bien cuadrado, como si le pintasen, al pintar a Isabel la primera mujer de Felipe IV. Subía y bajaba la cabeza, como corresponde a caballo de majestad, cual si agradeciese saludos y vítores; movía la crin (un día limpia y sedosa) como pluma grande de chambergo de mosquetero; volvía a la izquierda su mirar como para ver la saya noguerada y recamada de oro de su dueña, y hacía esfuerzos, por demás inútiles, para contemplar la cara de la reina que se perdía en la gorguera de abundante gasa.

En aquellas mascaradas de Florencia de que nos habla Taine³, siendo comparsa, gozara a sus anchas, y en la entrada en Roma de Lucrecia Borgia acompañada de doscientas damas en montura todas, no habría podido andar de puro hinchado, al verse tomar la brida por un gentilhomme.

En el palacio que Calígula instalara a Cincinato su caballo hubiese estado a maravilla, y aquel verso de uno de los Moratines que habla de larga cola recogida, vista encendida, narices dilatadas y gallardo ademán, estoy seguro lo sabe de memoria y créelo dedicado a alguno de sus antepasados⁴.

¡Pobre mi caballo pardo de picar! El segundo bicho que se llamaba *Pandereto*, y contaba más arrobos que un búfalo, a él y a mí, como a una sola pieza nos derribó en la arena y cuando el novillo pasaba y traspasaba aplastando con sus pezuñas anchas y pesadas nuestras espaldas y nuestras cabezas como pisador de uvas, mi caballo, aristócrata siempre, de los del *bel morire*, echaría de menos no ser el caballo de Jerapica en la fiesta de toros que a todo lujo y con asistencia de Su Santidad León X, cuenta Panluzo, secretario del duque de Ferrera, se celebró en Roma⁵.





No así yo, mejor adorno no hiciera el mismo Botticelli de la plaza; era todo amarillo y rojo, colores de mi bandera, en cuanto a los ayes de angustia que León X exclamase en tan duro trance no las encontré en falta; salieron de los pechos de mis paisanas, flores que son ellas del jardín de mi patria; ya que de amor no había de encogerles el corazón el pobre y desmedrado tipo mío, zuluaguesco tipo, que fuese al menos de caridad; sino más, tan hermosa como el amor y que tanto vale.

No fueron nuestros caballos como más de una vez lo soñaran modelos de Millet, el pintor de las apacibles campestres escenas, ni de Meissonier el de las batallas⁶, ni de Velázquez el de los arreos principescos y posturas de media corveta; tan sólo el gran Zuluaga, el pintor de nuestra tragedia taurina, habrían podido aprovechar. Ni creyeron los desdichados en plazas de toros terminar sus días. El royo de mi amigo Andrés, soñaría morir en aquel campo viña de junto a la sierra que con su trabajo de erial transformó en vergel y a la tierra dar su cuerpo, para que el trigo crezca y las uvas maduren. El negro de mi amigo Telmo, creería morir reventado de galopar y el llamar con sus patas delanteras en la puerta de una ciudad rendida, o como Orelia, el caballo de don Rodrigo, acabar con él todo un reino y toda una raza de reyes.

Mi caballo pardo no murió aún; se venderá, le darán fuego en sus patas cansadas para poder pasar el verano, luego lo comprará Zaldívar el de los caballos de toros, y allá al Octubre, un fiero miura o un corpulento zaldiendo lo despanzurrará de una cornada. Hasta entonces trillaré, las horas de sol, correré en las eras por el camino de oro de la mies segada; sobre el trillo, una moza de tobillos fuertes, de caderas anchas y de pechos duros, coronada con las espigas de Ceres, cantará con voz fresca y sonora, como una cascada entre pinares, cantos de amor y de alegría.

Mi caballo pardo, el de los sueños con carrozas regias, arrastrará un trillo; la sencilla, sencilla y divina carroza de la salud y de la vida.□

¹ A partir de aquí, comenzara a citar nombres de caballos conocidos, legendarios algunos, literarios otros: Bayarte, Bucéfalo (el de Alejandro), Billadoro, Orelia (montado por don Rodrigo, el último rey de los godos), además de Rocinante, son traídos de alusiones en *El Quijote*; Cincinato es aquel que Calígula nombra legislador romano; sumemos Babioca del Cid o el retrato ecuestre de Isabel de Francia, realizado por Velázquez.

² Ana María Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier (1627-1694), también conocida como “Grande Mademoiselle”, participo en la Fronda y Mazarino pensó seriamente en desposarla con el joven Luis XIV.

³ El historiador francés H. Taine (1828-1893), autor de *Viaje por Italia*.

⁴ Se refiere concretamente a Leandro Fernández de Moratín y a su obra *Fiestas de Toros en Madrid* (1821), en cuyos versos: “(...) Era el caballo galán / el bruto más generoso / de más gallardo ademan: / cabos negros, y brioso, / muy tostado, y alazán. / Larga cola recogida / en las piernas descarnadas”.

⁵ El papa León X (1513-1521), de la familia Medici, que entre sus extravagancias de mecenas gustaba de organizar fiestas, particularmente con la participación de toros y carreras de caballos.

⁶ J. L. E. Meissonier (1815-1891), pintor y escultor francés que hacía caballos en cera para utilizarlos después como modelos en sus pinturas de historia.



El artículo escrito por Acín en 1914 contenía un error. Llamaba “Cincinato” al caballo de Calígula. Error de nombre, no de concepto pues Acín tenía suficiente cultura.

Adentrarse en periódicos de esa época es encontrar errores de ese tipo. Y en 1924 Acín lo nombró correctamente. Unos 400 años separaban al *cónsul humano* Cincinato (519-430 a.C.) del *equino cónsul Incitato* nombrado por Calígula (12-41 dC)



No podemos saber las ideas que tenía el caballo de Calígula, mas sí es segura la figura de Lucio Quincio Cincinato Capitolino, patricio ejemplar, luego cónsul y dictador por ruego y nombramiento del senado romano. Hay que advertir que “dictador” en Roma no tenía la connotación de nuestros tiempos, ya que era un *magister populi* elegido por el Senado para situaciones de extrema gravedad para tener poderes y actuar con agilidad en asuntos de estado. Cincinato era un propietario agrícola que, tras solucionar los problemas por los que fue llamado volvió a sus quehaceres y tras volver a ser llamado y volver a cumplir, renunció de nuevo para ser un ciudadano.

En el cuadro de la izquierda aparece, neoclásicamente limpio, lozano y pecho al descubierto, hablando con los senadores.

El ejemplo histórico de cierta honradez de sus transitorias tareas de estado llevaron, siglos después, a que los nuevos pueblos de la independencia norteamericana nominaran a una de sus ciudades “Cincinnati”, en Ohio, estado hoy en manos del Partido Republicano. Ironías de la Historia.

Por otro lado, del Incitato caballo de Calígula no sabemos mucho más. No dejó escrito nada, que sepamos. Sí que era caballo de carreras y que Calígula acompañaba al equino el día anterior a su carrera.

De hecho, Calígula había decretado que esas noches anteriores a la carrera de su caballo, la Roma ruidosa estuviese callada so pena de muerte para que el animal descansase. Se dice también que la vez en que su amado caballo perdió una carrera, Calígula mandó ejecutar al conductor del carro —*el auriga*—. Y ordenó una ejecución lenta, para agrandar su sufrimiento. Ese sistema de pía crueldad que las religiones muy pocos siglos después utilizaron tanto y tan profundamente para gloria de sus asientos amparados por sus dioses. Estas desquiciadas cosas, como el sexo de Calígula con sus hermanas, el asesinato de una de ellas y otras crueles excentricidades se han contado del personaje. Una de las fuentes de todo esto de deben a los senadores que le asesinaron, y cien años después aumentó el historial Suetonio, que clavó para la historia la leyenda negra de Calígula, como ocurriría con Nerón. En aquella época, la supervivencia en el poder pendía del grosor del hijo con que el rey, el cónsul, o el papa en la iglesia católica y romana lograban atarse a la vida y su seguridad.

Calígula, como todo el poder de las épocas, debió ser un emperador cruel y no le temblaba el alma por deshacerse de sus enemigos, pero no mató desatadamente, no organizó espeluznantes orgías, no nombró cónsul a su caballo y parece que amó fielmente a su esposa el poquísimo tiempo que sus enemigos le dejaron vivir. El Senado era un grupo de extraordinario poder y ya se había encargado de asesinar a otros césares anteriores y de propagar leyendas negras que mancharan sus biografías. Suetonio no solamente hablaba cien años después de oídas, era republicano estaba en contra de los emperadores e inventó una imagen sesgada a sus intereses.

Sobre “Los caballos de picar” de 1914 Ramón Acín, y quienes creen o creemos que la fiesta taurina es un relato de torturas y sufrimientos en los que la estética no justifica tan absurda sangría, ya lo dejó algo claro en el artículo de 1914, pero lo describió con maestría y humor benevolente en su serie “Las corridas de toros en 1970” de las que hemos añadido dos imágenes en el espacio anterior. Deberán saber los lectores que la serie, acabada en 1921, no encontró editor en la ciudad de Huesca, ya que los poderes aspiraban a construir una nueva plaza de toros y no querían permitir publicaciones antitaurinas.



Esopo (600-564 a C.

El origen de las fábulas está en la India como un género moralizante que generalmente se servía de animales para enseñar y aconsejar. El género se extendió entre los persas y los árabes y fue también muy utilizado por griegos y romanos. Esopo en Grecia o el romano Fedro y su continuación en siglos posteriores –Bembo a finales del siglo CV y mitad del XVI, La Fontaine en el XVII, Iriarte y Samaniego en el XVIII, hasta ser utilizado, con muy diferente intención, en nuestra actualidad por autores como por ejemplo en Augusto Monterroso (1921-2003) o el mexicano Juan José Arreola (1918-2001)

La Grecia clásica atribuyó a Esopo la invención de este género, igual que asignó a Homero la paternidad de la épica. Poco se sabe de su vida e incluso algunos estudiosos han puesto en duda su existencia. En todo caso, sí existen sus fábulas que fueron inspiradoras o directamente copiada por fabulistas posteriores

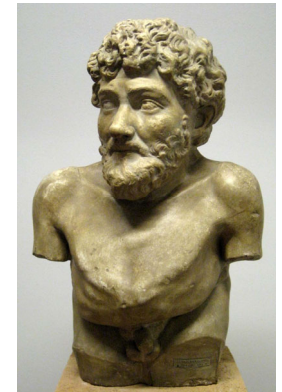
El caballo y el asno. Fábula de Esopo

Un hombre tenía un caballo y un asno. Un día que ambos iban camino a la ciudad, el asno, sintiéndose cansado, le dijo al caballo:

-Toma una parte de mi carga si te interesa mi vida.

El caballo, haciéndose el sordo, no dijo nada; el asno cayó víctima de la fatiga y murió allí mismo. Entonces el dueño echó toda la carga encima del caballo, incluso la piel del asno. El caballo suspiró y dijo:

-¡Qué mala suerte tengo! ¡Por no haber querido cargar con un ligero fardo, ahora tengo que cargar con todo y hasta con la piel del asno!



Busto del posible Esopo



El Caballo Viejo. Otra fábula de Esopo

Un caballo viejo fue vendido para darle vueltas a la piedra de un molino.

Al verse atado a la piedra, exclamó sollozando:

- ¡Después de las vueltas de las carreras, he aquí a qué vueltas me he reducido!

Imagen de la *Crónica de Nuremberg* que representa a Esopo. Finales del siglo XV



Félix María de Samaniego (1745-1801)

Samaniego no produjo una obra literaria abundante, pero ha pasado a la posteridad por sus fábulas, actualizaciones a veces de Esopo o de La Fontaine pero incorporadas al espíritu ilustrado. Samaniego fue miembro muy activo de la *Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*.

Entre las muchas actividades y proyectos que realizó en su vida consta su avanzada intención de crear un “colegio de señoritas” que no logró materializar por la oposición que encontró en altas esferas de la sociedad vasca.

Sus escritos, algunos de ellos de tinte anticlerical provocaron su persecución por parte de la Inquisición que intentó confinarlo en 1793 por considerar su obra escandalosa e irreverente –recordar su divertidísimo *Jardín de Venus* que corrió de mano en mano– .

Samaniego consiguió zafarse del temible Tribunal gracias a influyentes amigos que lograron atenuar la situación. Julio Caro Baroja afirmó que llegó a estar recluido una corta temporada en el “Convento del Desierto”, de Sestao, y allí escribió una sátira sobre la vida de los carmelitas que regentaban el convento. Un pequeño fragmento describe el ambiente del refectorio que estaba presidido por una calavera:



*Verá entrar con la mente fervorosa
por su puerta anchurosa
los gigantescos legos remangados,
cabeza erguida, brazos levantados,
presentando triunfantes
tableros humeantes,
coronados de platos y tazones,
con anguilas, lenguados y salmones;
verá también, así como el primero
en la refriega el capitán guerrero
entra por dar espíritu a su gente;
verá, digo, que el mismo presidente
levanta al cielo sus modestas manos,
pilla el mejor tazón, y sus hermanos,
imitan como pueden su talante:
y al son de la lectura gangueante.
que es el ronco clarín de esta batalla,
todo el mundo contempla, come y calla!*

Es también conocida la furibunda enemistad que mantuvo Samaniego con quien había sido anteriormente su amigo y coautor de algunas fábulas, el canario Tomás de Iriarte.



Samaniego. Fábula XVII El asno y el caballo

Fábulas en verso castellano para el uso del
Real Seminario Vascongado-Tomo I

¡Ah! ¡quién fuese Caballo!
Un Asno melancólico decía;
Entonces sí que nadie me vería
Flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
Me mantendría ocioso y bien comido,
Dándose su merced por muy servido
Con corvetas y saltos de carnero.
Trátanme ahora como vil y bajo;
De risa sirve mi contraria suerte;
Quien me apalea más, más se divierte,
Y menos como cuando más trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo.» Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo ve cómo pasaba,
Con su jinete y armas, a la guerra.
Entonces conoció su desatino,
Rióse de corvetas y regalos,
Y dijo: “Que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los dioses de Pollino”.

Samaniego. Fábula XX. El caballo y el ciervo

Fábulas en verso castellano para el uso del
Real Seminario Vascongado-Tomo I

Perseguía un Caballo vengativo
a un Ciervo que le hizo leve ofensa;
mas hallaba segura la defensa
en veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
de alcanzarlo, y lograr así su intento,
al hombre le pidió su valimiento
para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el Caballo airado
sale con su jinete a la campaña;
corre con dirección, sigue con maña,
y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido;
quiere marcharse libre de su peso;
mas desde entonces mismo quedó preso,
y eternamente al hombre sometido.
*El Caballo que suelto y rozagante
en el frondoso bosque y prado ameno
su libertad gozaba tan de lleno,
padece sujeción desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra;
pasa tal vez la vida más amarga;
sufre la silla, freno, espuela, carga,
y aguanta los horrores de la guerra.
En fin perdió la libertad amable
por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
produce la venganza detestable. □*



Augusto Monterroso (1921-2003)

Una anécdota apócrifa cuenta que en una reunión social alguien menta a Monterroso y su microrrelato del dinosaurio, a lo que otra persona agrega: “Ah, si, es precioso, estos días lo estoy leyendo”

Monterroso es universalmente conocido por uno de los relatos más cortos de la literatura: *Cuando se despertó, el dinosaurio todavía estaba allí*

Pero esa fama monotemática no puede reducir a un autor y una persona de inmensa obra y humanidad. Nacido en Honduras y criado en Guatemala, vivió en distintos países debido a persecución política por sus ideas progresistas. Admirado por numerosos escritores, internarse en sus escritos es entrar en un mundo maravilloso y con un benévolo sentido del humor. Falleció en México en 2003. De él, y ligándolo con otra grande, Jorge Luis Borges, decía el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique:

Como Borges, Augusto Monterroso es uno de los narradores cuya lectura, además de ser un verdadero deleite, nos sirve a los escritores para fijarnos mucho en lo que vamos a hacer al sentarnos ante una página en blanco.



Monterroso. Imaginando a Dios

La oveja negra y otras fábulas - 1969

“A pesar de lo que digan, la idea de un cielo habitado por Caballos y presidido por un Dios con figura equina repugna al buen gusto y a la lógica más elemental, razonaba los otros días el caballo.

Todo el mundo sabe -continuaba en su razonamiento- que si los Caballos fuéramos capaces de imaginar a Dios lo imaginaríamos en forma de Jinete.”

Monterroso. El burro y la flauta

La oveja negra y otras fábulas - 1969

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta.

Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho durante su triste existencia. □



Monterroso y Cortázar



Jules Renard

Un autor injustamente desconocido es Jules Renard (1864—1910), Escritor, poeta, dramaturgo, crítico literario, cofundador del *Mercure de France*, escribió un librito titulado *Historias Naturales*, que en su primera edición francesa fue ilustrada por Henri Toulouse-Lautrec. Este libro es una especie de bestiario de lo cotidiano.

He construido castillos en el aire tan hermosos que me conformo con las ruinas, escribió al principio de sus obras completas. Son particularmente importantes sus diarios por su magnífico estilo y por la profundidad de sus pensamientos, aforísticos en muchos casos y a veces salteados de misantropía, aunque ello no debe confundir la idea de Renard, que con cierta lejanía amó a los seres vivos, humanos incluidos, por quienes se esforzó para mejorar sus vidas.

Aquí incluimos a continuación dos narraciones de sus *Historias Naturales*

El caballo

Mi caballo no es hermoso. Tiene demasiados nudos y las fosas supraorbitales demasiado pronunciadas, costillas planas, cola de rata y dientes de inglesa. Sin embargo, me entenece. Aún no me creo que siga a mi servicio y acepte dar vueltas y más vueltas sin rebelarse.

Cada vez que lo engancho temo que me diga: «No», con un signo brusco, y salga pitando.

Jamás. Agacha y levanta su enorme cabeza como si quisiera cubrirse con un sombrero de aplomo y recula entre los varales.

No le escatimo ni la avena ni el maíz. Lo cepillo hasta que el pelo le brilla como una cereza. Le peino la crin, trenzo su delgada cola. Le acaricio con la mano y con la voz. Le enjugo los ojos y le encero las manos.

¿Acaso por ello se emociona?

No puede saberse.

Se pea.

Le admiro sobre todo cuando me pasea en carro. Le fustigo y acelera su marcha. Le detengo y me detiene. Tiro de la rienda a la izquierda y gira a la izquierda en vez de torcer a la derecha y lanzarme a un foso pateándome con sus cascos.

Me da miedo, vergüenza y pena.

¿Va a despertarse pronto de su duermevela y, ocupando mi lugar con autoridad, me reducirá al suyo?

¿En qué piensa?

Se pea, se pea y se pea.

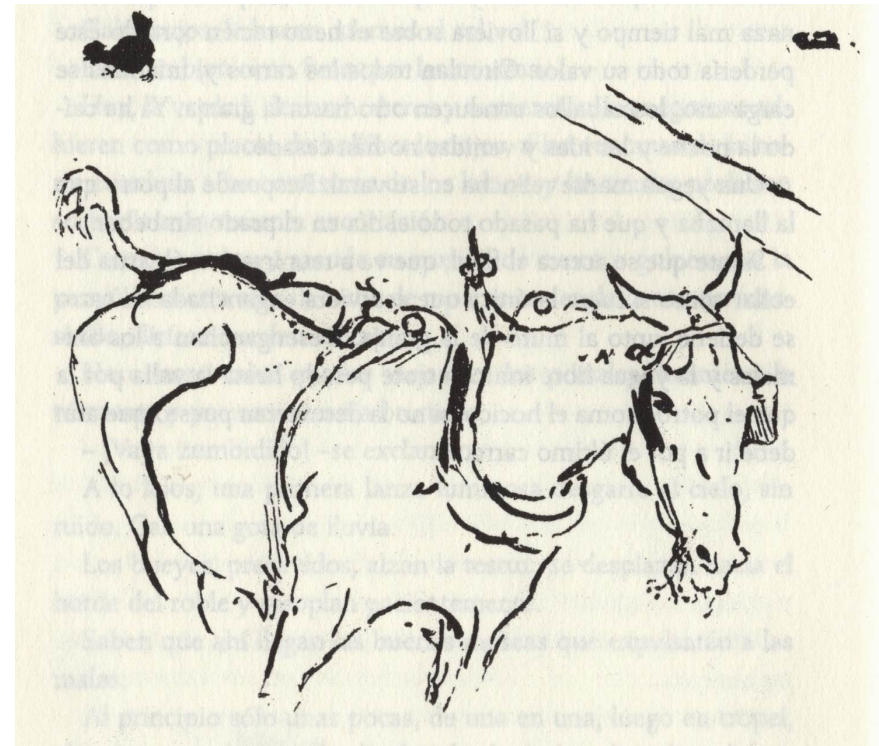


Ilustración de Toulouse-Lautrec



El asno

I

Todo le importa un bledo. Cada mañana conduce, con recios pasitos de funcionario, al cartero Jacquot a que distribuya por los pueblos los encargos que ha llevado a cabo en la ciudad, las especias, el pan, la carne, algunos periódicos y una carta.

Al acabar su ronda, Jacquot y el asno trabajan por su cuenta. El coche les sirve de carreta. Juntos se van a la viña, al bosque o a recoger patatas. A veces vuelven con verduras, otras con escobas verdes, una u otra cosa, según el día.

Jacquot no cesa de exclamar, sin motivo, como si roncara: - ¡Arre! ¡Arre!

En algunas ocasiones, cuando husmea un cardo o si le pasa una idea por la cabeza, se detiene. Jacquot le rodea el cuello con el brazo y lo empuja. Si el asno se resiste, Jacquot le muerde la oreja.

Comen en el margen del camino, el patrón un mendrugo y cebollas, y el asno lo que se le antoja.

Regresan por la noche. Sus sombras pasan lentamente de un árbol a otro.

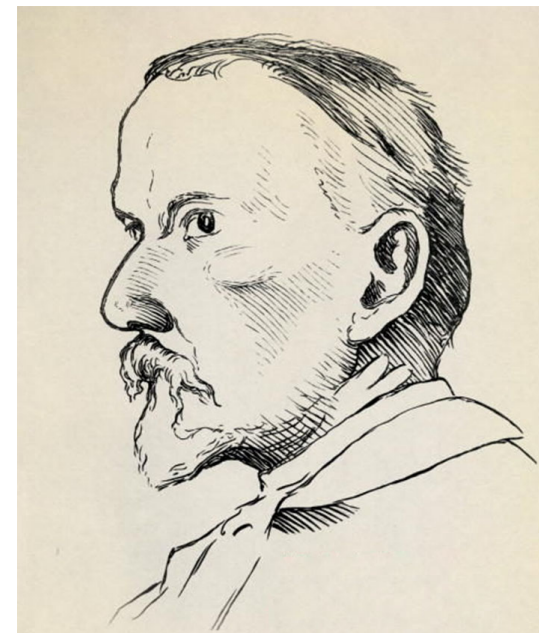
De repente, el lago de silencio donde ya reposan y duermen las cosas, se rompe, sobresaltado.

¿Qué ama de casa extrae a estas horas cubos de agua de su pozo con una polea oxidada y chillona?

El asno se levanta y expulsa su chorro de voz y rebuzna hasta extinguirse, que le importa un bledo, que le importa un bledo.

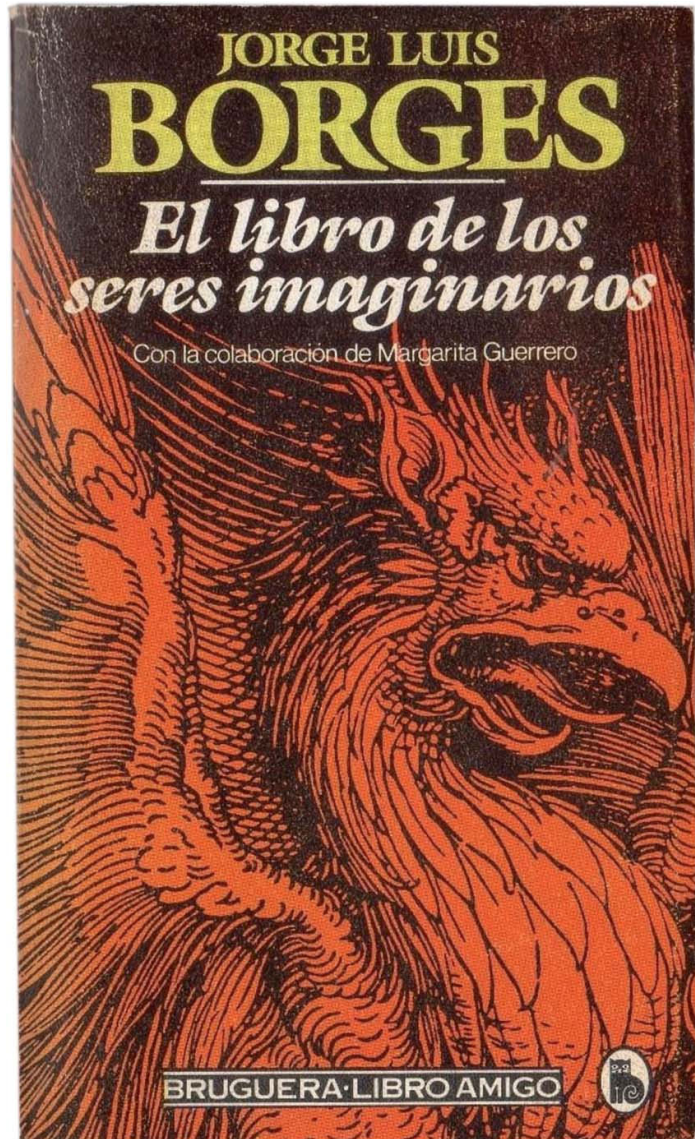
II

Un conejo que ha crecido. □



Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero

Libro de los seres imaginarios. El Hipogrifo



Para significar imposibilidad o incongruencia, Virgilio habló de encastar caballos con grifos. Cuatro siglos después, Servio el comentarista afirmó que los grifos son animales que de medio cuerpo arriba son águilas, y de medio abajo, leones. Para dar mayor fuerza al texto, agregó que aborrecen a los caballos... Con el tiempo, la locución *Jungentur jam grypes equis*¹ llegó a ser proverbial; a principios del siglo XVI, Ludovico Ariosto la recordó e inventó al hipogrifo. Águila y león conviven en el grifo de los antiguos; caballo y grifo en el hipogrifo ariostesco, que es un monstruo o una imaginación de segundo grado. Pietro Micheli hace notar que es más armonioso que el caballo con alas.

Su descripción puntual, escrita para un diccionario de zoología fantástica, consta en el *Orlando Furioso*:

No es fingido el corcel, sino natural, porque un grifo lo engendró en una yegua. Del padre tiene la pluma y las alas, las patas delanteras, el rostro y el pico; las otras partes, de la madre y se llama Hipogrifo. Vienen (aunque, a decir verdad, son muy raros) de los montes Rifeos, más allá de los mares glaciales.

La primera mención de la extraña bestia es engañosamente casual:

Cerca de Rodona vi un caballero que tenía un gran corcel alado.



Otras octavas dan el estupor y el prodigio del caballo que vuela. Ésta es famosa:

*E vede l'oste e tutta la famiglia,
E chi a finestre a chi fuor ne la via,
Tener levati al ciel occhi e le ciglia,
Come l'Ecclisse a la Cometa sia.
Vede la Donna un'alta meraviglia,
Che di leggier creduta non saria:
Vede passar un gran destriero alato,
Che porta in aria un cavalliero armato.*

[Traducción en pág. siguiente¹]



(Y vio al huésped y a toda la familia,
Ya otros en las ventanas y en las calles,
Que elevaban al cielo los ojos y las cejas,
Como si hubiera un eclipse o un cometa.
Vio la mujer una alta maravilla,
Que no sería fácil de creer:
Vio pasar un gran corcel alado,
Que llevaba por los aires a un caballero armado.)

Astolfo, en uno de los cantos finales, desensilla el hipogrifo y lo suelta.

1. Cruzar grifos con caballos.



Margarita Guerrero en 1945. Foto Grete Stern



Miguel de Cervantes De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura –resumen-

El Quijote. Libro II. Capítulo XLI

«Parecióle a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño, [el caballo de madera que habían hecho construir los duques para burlarse de los protagonistas] y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba.

De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y nada blandas.

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

–¡Dios te guíe, valeroso caballero!

–¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

–¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

–¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

–¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no caigas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre!



El Quijote por Goya

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñéndole con los brazos, le dijo:

–Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parecen sino que están aquí hablando junto a nosotros?

–No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres. Y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como ha de ir y el viento lo llevamos en popa.

–Así es la verdad –respondió Sancho–, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados»□

